

rida, negra y luciente, formaba un marco á un rostro agraciado y franco, cuya boca, cuando se abria, obligaba á todas las demás bocas á abrirse de risa, tal era el torrente de agudezas y chistes que salia de ella.

— ¡Ay! Senteya de mi via! Por qué la muerte maldita echaria una tapia á tu boquiya! exclamó el tio Relámpago con las lágrimas en los ojos.

— En suma, *Centella* era un mozo como muchos de los mozos de entonces. Tenian estos, pelos en el pecho, y dentro del pecho el alma de un sultan y el corazon de un príncipe. Su bolsa y su vida eran para el amigo ó la persona que les hiciese algun favor, ó les alargase la mano para salir de algun mal paso.

— Y no ponosté ma.

— No, ya paso á otra cosa.

— No jagasté tal, por la santísima Triniá, que toavía hay mas que icí de aquellos mozos. Tan propios pa un harrío como pa un fregao, lo mesmito le abrian á uno un gujero en el peyejo, como ejaban que se lo abriesen ante que permiti que naide incomoase al ojeto de su asiento. Sus cantares, su presona, su via eran pa la jembra junca que les ñase su amó, como no le jiciese una mala pasá coronando sus cabezas con una cornamenta como la é un venao; po que entonces entraba la limpia, y no queaba un títere sano. Vaya, aelante.

Continué:

— « Mas si buenos eran aquellos mozos, las mozas no les iban en zaga; si aquellos eran fuego, estas eran pólvora, y toío su aquel derramaba la sal de la tierra.

— ¡Ay! y tanto como la erramaban, interrumpió el tio Juan; y es siguro que si una é esas jembras hubiera dao un vistaso po esos trigos aelante, toíticas las mugeres de la tierra hubieran eatao una poquiya e grasia y sandunga, pues tenian para tiraya á armosá, y que siempre les quease mas é una fanega.

— « Una de estas mozas, proseguí leyendo, era María de los Angeles Berroqueña »...

— Y así tenia el arma tan dura como el apeyio, aunque no lo aparentaba. Osté perdone que lo interrumpa tanto, me dijo el tio Relámpago.

— No hay de qué! le contesté... « Una de estas mozas era María de los Angeles Berroqueña, moza de 19 abriles, alta, morena, de rostro ovalado y gracioso, y ojos negros »...

— Me paese que la estoy guipando en este momento, me interrumpió de nuevo el Sr. Juan. Mírosté, aqueyajembra era capas, no ya e resucitá á un muerto, sino tambien de quitarle la flema á un tuéseco ó á un inglés, y jacerle saltá como á un siquitraque. ¡Ay señó! y qué pinreles me gastabal ojos fueron la perdision e mi Senteya, y la suya tambien. Si osté la hubiera guipao, de siguro esos ojos de osté se hubieran puesto mas grandes y mas ensendios que una fragua. Como isosté muy bien, los ojos é la Berroqueña eran mas negros que una noche mu oscura, con unas pestañas e terciopelo, y unas sejas e sea que jasta ayí: su boquiya era un aniyo, y sus dientesiyos como cuentas e marfi: su cara trigueñiya, mas encarná que la jamapola, y mas fina que el rasoliso; y luego un cueyo... probe Senteya! rason tuvite pa amaya! Pa eso el peló! el pelo le yegaba jasta los mismos toviyos, mas negro y bruñio que el mango de ébano del flamenco de mi Estebaniyo; cuando se lo esataba parecia una reyna con un manto e tersiopelo. Empues venia el cuerpo; yo e visto cuerpos con grasia y caliá, pero nenguno como el de la Berroqueña: ¡ay! qué sinturiya! ay! qué caerás! ay! qué movimientos! Conforme iba andando se iba mesiendo, y

la saya parecia una bandera agitata po el viento: sus pieses eran el primó del mundo; chiquitos como cáscaras é nués, calsaos con unos sapatos e tavinete, con una piesa e liston que la enroyaba á la pierna mas mona que sa podio vé, jaciendo unos crusaos que jasta ahí; y que lucia porque la saya no le pasaba el tobiyo. Po otro lao, era mas limpia que el agua y mas viviora que la tierra. Ha vistosté corré po el campo un arroyiyo? Pues lo mesmo era su natural, manso algunas veses; pero ¡ay! cuando se enfaaba se ponía rebolbia y turbia que Gualmeina cuando trae una avenia, y salian mas sentencias y pelisiones e su boca, que riales del borsiyo del probe que cae en poer de la justisia.

Calló el tio Relámpago, y yo emprendí de nuevo mi lectura algo mas abajo de donde la dejé; pues la descripcion del Sr. Juan me pareció superior á la mia.

« Dada esta sucinta idea de los héroes de esta historia, pasemos á narrar sus amores y el lamentable fin que tuvieron.

A las once de una noche bastante cerrada, venian por el arroyo del Cuarto, montados en veloces potros andaluces, Estebanillo Lopez (a) *Centella*, Juan Garcia (a) *el Lobo*, y otros dos guapetones del barrio, con vista de lince y oidos de zorro, y dispuestos á burlar la vigilancia del resguardo para introducir las cargas que pendian á ambos costados de los caballos, sobre las que venian ellos sentados á mugerriegas. Estebanillo *Centella* marchaba á vanguardia, terciado el retaco sobre los muslos y la mano en el gatillo pronto á enviar una rociada de balas; *el Lobo* iba á retaguardia y el centro lo formaban otros dos contrabandistas. Ya se disponian á internarse en las calles de la ciudad, cuando la voz de *alto* hizo estremecer á todos, no ya por el temor de sus vidas, que continuamente exponian sin miedo, sino por el de perder su hacienda. *Centella* que iba delante, como hemos dicho, no hizo caso: se tendió sobre el caballo, le dijo á la oreja « anda lucero güeno, » y el caballo salió al galope: imitaronle sus compañeros, pero de pronto silbó una bala, y despues otra y otra: preciso les fué entonces volver caras y contestar al fuego de los guardas; pocos minutos despues caian heridos *el Lobo* y otro de sus compañeros, y el caballo de *Centella* con una pierna rota de un balazo. En este estado ya solo pensó *Centella* en salvar su vida, y se internó por las callejas del barrio, á pié, armado con su retaco, y perseguido por dos guardas. No era el caso nuevo para él, pues ya otras veces habia salido de otros no menos apurados; pero en el momento en que creia burlar la persecucion que le hacian, sintió pasos apresurados por el lado opuesto de la calle. En efecto, era una patrulla que llegaba atraida por el ruido de los tiros. Dióse *Centella* por perdido, y ya pensaba bien en entregarse, ó en vender cara su vida, cuando se abrió una puerta, y oyó una voz femenil que le decia:

— Moso güeno, entrosté, y se libraré de caé en poer de esos Júas.

— ¡Inflausta fué aquella horiya, señó de mi alma! exclamó el tio Relámpago: mejó le hubiera estao á mi Senteya caé en poé é la justicia, que ya sabíamos nosotros como compunernos con esa señora; no que en poer de la Berroqueña, perdió mi Estebaniyo su libertá y su via. Sigasté.

Seguí leyendo:

« *Centella* vió el cielo abierto; y sin hacerse de rogar, se metió en la casa que á tan buen hora le abria las puertas. La oscuridad de la noche permitió que lo verificase sin ser visto de sus perseguidores, que en vano se afanaron en dar con sus huellas.

Al verse *Centella* en puerto de salvamento, lo primero que